

▣ XV AIEJI ▣ **WORLD CONGRESS** ★ **CONGRÈS MONDIAL**

▣ III ESTATAL ▣ **CONGRÉS DE L'EDUCADOR SOCIAL** ★ **CONGRESO DEL EDUCADOR SOCIAL**

BARCELONA - 6-9 JUNIO 2001



MESA REDONDA A1. VALORES ETICOS EN LA SOCIEDAD ACTUAL

Esperanza Guisán
Universidad de Santiago de Compostela,
Galicia (España)

CON EL APOYO DE:



Socrates



PATROCINADO POR:



Quisiera empezar distinguiendo entre valores morales y valores éticos, porque es de vital importancia realizar una distinción que no suele hacerse.

La moral, los valores morales, las normas morales proceden, generalmente, de las tradiciones, o son resultado de credos políticos o religiosos.

Todos somos animales morales, como es bien sabido desde Aristóteles, pero ello no indica más que necesitamos ser sociales en un sentido y otro, ya que las "normas" no vienen con nosotros al mundo. Como Aristóteles advirtió, para ser justos es necesario practicar la justicia. O lo que es lo mismo, tiene que "enseñarse" o estimularse la justicia, como tiene que "enseñarse " y "estimularse" el habla, ya que, de lo contrario, permaneceríamos mudos; si hablamos castellano o inglés no es por algún tipo de transmisión genética o cuestión de raza o sangre. Hablamos la lengua en que hemos sido socializados, generalmente por puro azar.

Una lengua no tiene que ser mejor que otra y una norma moral en principio no tiene que ser superior a otra siempre que todas se ajusten a los códigos vigentes.

Sin embargo, no todos los códigos vigentes son buenos, los hay peores y malos. En atención a lo que es la condición humana, a sus aspiraciones y deseos ilustrados, desde la óptica de la imparcialidad.

Los códigos vigentes y las normas morales que de ellos emanan han de ser medidos, justificados y juzgados desde las normas éticas que emanan de la ética, que es una disciplina del conocimiento consistente en la reflexión desinteresada y en el desarrollo de la empatía y la imparcialidad.

Desde la ética examinamos las leyes y normas morales vigentes y decidimos cuál merece calificarse como norma ética. Pero saber qué es la ética y las normas éticas es una cuestión muy compleja a la que no suele dedicarse el tiempo preciso.

En el breve tiempo de que dispongo me limitaré a insistir una y otra vez sobre la necesidad de la educación como instrumento para aprender a dilucidar qué leyes morales positivas, legales o costumbres son éticamente recomendables y cuáles no.

Si de algo peca la sociedad actual es de ingenuidad al creer que la "libertad" "el pluralismo " y la "tolerancia " son los valores que hemos de respetar por encima de todo.

Hay muchas clases de "libertad", de "pluralismo" y de "tolerancia", y todas no son igualmente buenas desde un punto de vista ético. Hay que matizar una y otra vez, ver las cosas desde la distancia debida sin dejarse cegar por las más cercanas, como pedía Hume, para alcanzar ese sentimiento peculiar que denominamos sentimiento moral.

Hay que aprender a ver a los demás, con sus necesidades, anhelos y aspiraciones. No bastan en absoluto los resultados de las votaciones, donde en general el porcentaje más alto de votantes está movido por el egoísmo, el prejuicio, la opinión pública, etc.

Por supuesto, tampoco vale el rey filósofo de Platón, sino que hemos de aspirar a una sociedad donde todos sean reyes filósofos, donde TODOS participen de la sabiduría, el poder, la benevolencia, la justicia y todas las cosas gratas de la existencia. Han de tomarse las decisiones sobre la base de la sabiduría de todos, no basándose en la opinión casi siempre equivocada de una mayoría.

Vivimos en una sociedad contradictoria y confusa donde, "muerto" Dios, parece ser que todo está permitido. La libertad parece uno de los valores en alza, permitiéndole a cada uno que haga lo que quiera con su vida siempre que no perjudique a los demás, cuando la libertad profunda y bien entendida es aquélla en la que cada uno puede hacer lo que quiera con tal de que con ello **beneficie** a los demás.

Dos valores éticos parecen estar apagados o a punto de extinguirse: El cultivo de la excelencia propia y el amor benefactor hacia todos los seres vivos. Y estos valores éticos son deberes supererogatorios (excesivos), rechazados por el liberalismo contemporáneo, aunque representen, desde otra perspectiva, el propio corazón de la ética.

Vivimos una moral individualista que justifican las mayorías ilustradas o no, generosas o míseras, pacifistas o terroristas.

Salvo raras excepciones, cada uno vota lo que le favorece, lo que le beneficia, sin preocuparle la suerte de los demás. A veces sólo vota lo que cree que le favorece y le beneficia, tan ignorante es, que ignora las fuentes de su propia felicidad.

Mis conocimientos de historia no son por desgracia muy profundos, pero, por más que investigo en la literatura, la historia y la filosofía, no veo que ésta sea excesivamente peor que en épocas pasadas.

Más bien aprecio un avance significativo que pudiera acercarnos a la comunidad de los filósofos.

Siguiendo el desarrollo moral individual de Kohlberg y trasladándolo al desarrollo moral de la colectividad creo que nos encontramos en el estadio 4.5, a mitad de camino entre el estadio 4, del nivel convencional y el estadio 5, del nivel post-convencional. En el nivel convencional se acepta lo establecido. En el nivel post-convencional se construyen normas nuevas conforme a la reflexión ética.

El estadio 4.5 que aqueja a nuestras sociedades occidentales es un estado de ruptura, un momento de negación en el que la colectividad se harta de obedecer leyes que manan de la voluntad de los dioses y las autoridades civiles.

De acuerdo con Kohlberg no puede confundirse con los estadios del nivel preconvencional donde impera la ignorancia y el egoísmo.

El estadio 4.5 es un estadio rebelde pero no sin causa. En rigor se vivió con más fuerza inmediatamente antes e inmediatamente después de la transición española, cuando la autoridad de la Iglesia fue más y más desobedecida, y los militantes de determinadas izquierdas robaban en los grandes almacenes, no por necesidad, sino por contravenir las leyes de la propiedad burguesa.

Si bien dista de ser el estadio ideal, el estadio en que se encuentra nuestra sociedad actual no es del todo desesperante, e incluso en muchos aspectos es esperanzador.

Es cierto que se han perdido las "buenas formas" en una medida importante y que aparece un tanto de insolencia entre los más jóvenes, muchas veces engreídos, con una arrogante ignorancia e inexperiencia.

Sería injusto no indicar que esta característica de autosuficiencia define también a los no tan jóvenes y a los decididamente maduros.

Lo importante es que, de alguna manera, se ha superado la ingenuidad del pasado que tomaba las palabras del anti-ilustrado cura párroco, sus dogmas y sus verdades como la única verdad. Ahora los que no creen en una fe religiosa vuelven a ser tan ingenuos como para pensar que todo es relativo y no existe verdad axiológica ni de ningún otro tipo.

Así, el ser humano se ha quedado desnudo de verdades de todo tipo, ignorando su ignorancia y pavoneándose en sus muchas o pocas riquezas, sin echar de menos la excelencia, la benevolencia, la solidaridad, la *sympthaeia*, el conocimiento de las cosas y de las causas y todos los elementos de una vida feliz.

Ha muerto el dogma y no sirve sustituirlo por verdades y morales pragmáticas que ayuden a que el ser humano no sea un lobo para el ser humano. Se trata, como dirían Epicuro o Hume, de buscar la amistad, la simpatía, la cordialidad.

Pero el credo de nuestro tiempo no va tan lejos –aunque yo espero que sea un punto de arranque para llegar a una sociedad donde todos dan lo mejor de sí mismos y lo comparten con todos los seres humanos, e incluso todos los seres vivos.

Estamos muy lejos todavía, pero no del todo desencaminados; muerto el Dios de ira, de infierno y de castigo, hemos de tomar, como diría Sartre, la responsabilidad de los demás, especialmente de los más débiles, sobre nuestros hombros.

Nos falta costumbre, hábito, educación, y haber experimentado una vida de alegre generosidad y afabilidad mutua.

Aprendemos matemáticas o historia, pero no se nos enseña a ser felices haciendo felices a los demás. Vivimos una época de avaros, que en muchas ocasiones no hace sino recordar épocas pretéritas. Lloramos sobre nuestras herencias más que sobre nuestros muertos. En los momentos más trágicos de la existencia nos distraemos disputándonos las pertenencias del difunto.

Todo el mundo quiere ser libre, entendiendo por esta palabra especialmente su acepción de "libre de responsabilidad", haciendo lo que a uno le apetece, ocupándose si acaso de sus hijos, sus allegados e, incluso, sus compatriotas. Pero los otros, los extraños, no cuentan. A veces no cuenta nadie si no es el "yo".

"Yo vivo mi vida. Tú vive la tuya". Con tal de que la gente no se dañe mutuamente todo parece estar permitido. Pero el propio Mill, que fue famoso por poner el "límite del daño" al ejercicio de la libertad, expresa esta idea de una manera compleja que bien pudiera dar lugar a otras interpretaciones:

"La única libertad que merece este nombre es la de buscar nuestro propio bien, por nuestro camino propio, en tanto que no privemos a los demás del suyo o les impidamos esforzarse por conseguirlo" (J.S. Mill, *Sobre la libertad*, Alianza Ed., Madrid, 1994).

Para empezar, parece desprenderse del texto de Mill que la libertad no consiste en obrar conforme a nuestro capricho irracional, sino tratando de buscar nuestro propio bien, que viene determinado por el conjunto de mis capacidades y no por mi fantasía o mi ignorancia. En segundo lugar, "no privar a los demás de su propio bien" o "impedirle esforzarse por conseguirlo" es algo más que **dejar** que los seres humanos busquen entre la basura con qué vestirse o con qué alimentarse.

La libertad en sentido positivo consiste en favorecer al prójimo directamente, sin caer en el paternalismo. No se trata de darle de comer, sino que la comunidad aumente las destrezas y habilidades de todos para ganarse un salario con que el que pueda permitirse ser un ser autónomo y no un siervo de su jefe, o de las autoridades locales o de otro tipo, o las instituciones caritativas.

"Pero, ¿por qué había yo de preocuparme del bienestar y la autonomía de todos los demás? Desde un punto de vista prudencial parecería, en principio, que si me encuentro en una posición desahogada seré más feliz rodeado de

necios, enfermos, y pobres que harán acrecentar mi medianía." Muy pocas veces nos percatamos de que cuanto más sanos, más sabios y mejor hagan su trabajo los demás, desarrollen mejor su razonamiento y su sensibilidad, más me beneficiaré yo de un ambiente tan enriquecedor. En los ambientes pobres, por el contrario me enfermo, se paraliza mi capacidad productiva y me siento arrastrado a ser un egoísta que disfruta observando las penalidades de los demás.

Por lo tanto, desde un punto de vista ético, donde desarrollo al máximo mis dotes de razonamiento y sensibilidad, me percaté de que mi felicidad más profunda depende de vivir rodeado de individuos profundamente felices y, más aún, si yo he contribuido acaso a que este estado de cosas sea realidad.

Pero esta noción de libertad positiva y de felicidad no se aprende en la vida, sino que hay que "habituarse" y "educarse" en ello. Podemos conformarnos con lo que se nos ha dado y considerarnos "felices", pero nadie en sus cabales diría que un mendigo o un enfermo grave es feliz, a lo sumo un "resignado" o un "conformista".

Parece que falta pues, en la sociedad donde vivimos, libertad en sentido positivo, con la consiguiente co-responsabilidad por la excelencia y el desarrollo de los talentos.

El relativismo que se sigue del liberalismo contemporáneo es sumamente hipócrita. Si Vd. desea practicar la excisión del clítoris a su hija actúa perfectamente, yo se lo permito a Vd., con tal de que Vd. me deje que se vista de blanco la mía para su primera comunión. Todo vale igual y máxime si pertenece a nuestra "sagrada tradición". Mi "sagrada tradición" como su "sagrada tradición" no son "sagradas" por sus contenidos, sino por ser un cuerpo de doctrinas avaladas por el tiempo, por un "pueblo" por una "raza". Pero, ¿qué relación guarda la ética con las costumbres de una tribu? Ninguna o prácticamente ninguna.

El apego a la tierra, a la etnia, a la tribu han sido en el pasado obstáculos formidables para el avance de la humanidad. Lo grave es que todavía siguen siéndolo.

La diferencia importante es que antiguamente la verdad de mi etnia era la verdad universal. De ahí los conquistadores, los misioneros, que cruzaban los mares para llevar "su" fe a los demás, porque su "fe" era "La Fe".

La diferencia entre la creencia en la fe propia como verdad incontestable universalmente y la creencia en la propia fe como verdad incontestable dentro de mi etnia estriba en haber rebajado las pretensiones de superioridad de unos frente a otros. Ahora nadie pretende ser mejor ni peor que nadie. Somos "tolerantes" y "pluralistas". Tan tolerantes y pluralistas, que lo admitimos todo. ¿Incluso la intolerancia, la impasibilidad frente al sufrimiento ajeno, la indiferencia frente a la pobreza del tercer mundo?

Huimos de los problemas. Preferimos ser necios a invertir algún tiempo en la lectura. Si los demás son pobres y borrachos, la culpa es suya, sin importarnos las causas que han determinado su carácter y su conducta.

Pocos filósofos han tenido la finura moral para poner de manifiesto que las relaciones humanas de subordinación son doblemente dañinas. El subordinado y el jefe por igual son seres que recelan mutuamente, que pretenden engañarse mutuamente, el jefe trabajando lo menos posible, el subordinado trabajando lo menos posible siempre que pueda pasar desapercibido. Por supuesto que hay excepciones, pero el antagonismo obrero-empresario, empleado ("utilizado") - empleador o utilizador es dañino, no sólo para la conciencia moral sino para la felicidad prudencial de todos los seres humanos. Alegrarse con la dicha propia es mejor, en todos los sentidos de la palabra, que amargarse con el dolor propio. De la misma manera, alegrarse con la alegría de los demás, simpatizar con ellos, verlos como continuadores de nuestro yo, es infinitamente más satisfactorio que "complacerlos" en el odio a los demás seres humanos "disfrutando" de sus fracasos y sus penalidades.

Se dirá que la moral actual parece caracterizarse por un amor desmedido a lo propio, con descuido, menosprecio, cuando no odio a los demás. La moral religiosa, compleja y desigualmente valiosa, al menos acentuaba la preocupación por la dicha ajena, aunque lo hacía de una manera inadecuada, confusa y torpe.

Se llegó a decir, por ejemplo, que el que amase a los "hermanos" lo hiciese por amor al "Padre". O que serían arrojados al infierno los que no trataran a los demás con misericordia; lo que nos situaba en el nivel pre-conveccional de Kohlber en el que actuamos por amor al premio o al castigo.

Aparentemente, sin embargo, parecíamos amar al prójimo, dando limosnas a los pobres y contribuyendo con las instituciones benéficas, aunque nosotros apenas renunciábamos a nuestras riquezas ni permitíamos una redistribución justa de los bienes materiales.

Se llegó a decir que los pobres y los ricos lo harán por voluntad divina. Y que lo mismo ocurría con los enfermos y los débiles. La mujer pariría con dolor y tendría cuantos hijos quisiera enviarle la providencia.

En este sentido, creo que esta sociedad ha avanzado considerablemente en lo que respecta a la libertad negativa, aunque sean muy escasos los avances en la libertad positiva. Se ha despenalizado el divorcio, y se lucha por la despenalización plena de la eutanasia y el aborto.

Se ha acentuado la sensibilidad respecto a los malos tratos, la pena de muerte, la tortura, y se lucha cada vez más por los derechos humanos, aunque los avances en este terreno son lentos y nos encontramos todavía con

situaciones en las que se hace caso omiso de los derechos de las personas, por no decir de los animales.

Sobre todo, lo que es más importante, los seres humanos no aman a los demás hasta el punto de exigir para éstos más que lo que reclaman para sí. No se paran a pensar que los demás también sufren y gozan, que compartimos los mismos genes y que todos, de acuerdo con el ambiente social y cultural, la educación recibida en el colegio, en casa, en los juegos y diversiones, podemos ser filántropos o asesinos.

Dicho de otra forma, se ignora que el amor, la felicidad y la ética van juntas, y que la única forma de acabar con todo lo que desune y con las guerras es "conjuntar" todas las razas y culturas, desechando todo lo que se debe a ritos vandálicos, tradiciones injustificadas, tabúes, etc., y potenciando los lazos mutuos entre afectos.

Lo lamentable es que la mayoría de la gente todavía no ha "mirado" al resto de la humanidad y de los seres vivos, ni se ha preocupado por averiguar de dónde provienen esos derechos humanos que se dicen universales, pero que cada uno pide para sí, aumentándolos o restringiéndolos según sus conveniencias.

No hay nada misterioso, nada sobrenatural en los derechos humanos. Dada la constitución humana necesitamos comer, dormir, distraernos, alegrarnos, contar con compañía y afectos, etc. Las necesidades humanas se potencian y desarrollan según las circunstancias. Un esquimal necesita más ropa de abrigo que un caribeño y un individuo adulto y un bebé recién nacido precisan de muy distinto tipo de alimentación. Los ejemplos podrían ser interminables, pero todo ello no da pie, ni avala, ni justifica la creencia de que las necesidades y los derechos humanos que derivan de los mismos son relativos a la cultura. Los derechos humanos son transculturales, porque hemos sido dotados de necesidades físicas y psíquicas semejantes.

Fomentar el desarrollo de los derechos humanos, aquellos que se han descubierto hasta el presente y los que se desarrollen en el futuro, no es un acto caprichoso ni una muestra de paternalismo, ni un anhelo etnocentrista de conquistar al resto de la humanidad para nuestro credo.

La cuestión es mucho más compleja y requiere de estudios varios y, sobre todo, de educación moral para comprender qué es lo que puede ser plural y lo que tiene que ser igual para todos (un bebé no puede recibir patadas en una cultura y caricias en otra).

En otro sentido, lo tolerable tiene sus límites como consecuencia de la no pluralidad de normas éticas. Es cierto que ciertas normas morales puedan ser "tolerables", aunque no sean recomendables prudencialmente o moralmente. Caminar desnudo por las calles en el más crudo invierno es una extravagancia que puede pagarse caro, con una pulmonía.

Este proyecto se ha llevado a cabo con el apoyo de la Comunidad Europea

El contenido de este proyecto no refleja necesariamente las opiniones de la Comunidad Europea, ni implica ninguna responsabilidad de su parte